

LA OTRA CARA DEL FOLKLORE



Marifé de Triana



Lola Flores



Mikaela



Maria Albaicín



Maria Angélica



Mariemma

Las folklóricas, antes de hacer mutis definitivo por el escotillón de irás y no volverás, vienen pasando por el "tablao" del Festival unionense como apéndice glorioso, como frívolo oreo frente a la seriedad casi litúrgica de los cantos.

—¿Pero de verdad cree usted que las folklóricas son una especie a extinguir?

—Pues más bien sí. Porque dígame usted, vamos a ver, ¿quién va a sustituir en su día a Marifé, a la Jurado, a la Moreno?

—Oiga, pues no había caído.

Ahí es nada, sin embargo, la nómina, todavía rutilante—puro perfil de España—, de las "mi arma" de bandera. Verdad es que merece mejores horizontes de futuro esta pseudofolklórica vertiente menor, si se quiere, pero siempre expresiva y refrescante, que, junto al auténtico folklore—voz sagrada del pueblo—, presta su aliento cordial su risa y su drama, su pequeño e inefable cosmos, cuyas raíces se hunden, sin embargo, en los íntimos veneros del pueblo; arte ramplón en muchas ocasiones, cierto; jugoso y vivo cuando cae en manos dignas.

Gustó mucho en La Unión, por ejemplo, Luisa Ortega, cuya nutrida compañía—en la misma, el arte de Arturo Pavón con su "Cantan los mineros"—dejó grato recuerdo en 1967, exactamente en la séptima versión del Festival. Al año siguiente aparecía en el "tablao" del mismo, pisando fuerte, Maruja Garrido. Es claro que no procedía de la lejana China misteriosa, ni del Egipto milenario, ni siquiera del virreinato del Parapaguá, pero bien que olía a canela en rama, y mismamente cerezo en flor, faraona por los cuatro costados resultaba. Por primera vez Maruja Garrido actuaba en su tierra. Desde el Olimpia de París, de mano de Salvador Dalí, a La Unión, Desmelenada hoguera crepitante, llegó a caer hasta una docena de canciones.

En el IX Festival, una magnífica compañía, encabezada por la guapa e inteligente Antoñita Moreno, ofreció un serio e importante empeño de aunar lo culto con lo popular con el bello espectáculo titulado "Ronda de España", musicado por el maestro Ruiz de Luna. Y al siguiente año fue Paquita Rico—"una" dalia cuidaba Sevilla en el parque de los Montpansier...—, en el apogeo de su belleza, la encargada del intermedio de la "finalísima".

En 1972 se contó con la presencia de nuestra "Lola Nacional". La Unión sabía que a Lola Flores no se la puede criticar, hay que darle coplas. Ibarra le presentó:



Maria Rosa



Maruja Garrido



Sara Lezana



Luisa Ortega

—¿Sabes, Lola, que en este pueblo se conserva la esencia más pura del canto?

Lola contestó:

—Lo sé. Y estoy "mu" contenta de estar aquí. Es a este público al que me gusta demostrarle quién es Lola Flores.

Y bien que lo demostró. Antes, Alfredo Marquerie nos había asegurado: "Lola sigue siendo un prodigio expresivo, un fenómeno racial."

Otro escritor—¿manes del Nobel!—había escrito de Mikaela, presente en el XIII Festival:

"Mikaela, la de Triana, artista porque le mata y porque le da la gana..."

En el mismo Festival, Marifé de Triana: un nombre para el desplante y la ternura, para el drama más denso y apasionado. De ella se dijo: "Marifé canta en la tierra del canto. La copla de la mina, el drama de sus cinco versos—cinco, como las cinco llagas de Cristo—, se enlaza en esta ocasión con los ecos de la voz más representativa del cancionero de España: la de Marifé, intérprete de la que nunca podrá saberse si es verso de copla hecho mujer o mujer que, por seguir el mandato de una todopoderosa vocación, se hizo copla."

Un año después, la actuación de la Márquez Piquer, la niña de doña Concha. Es claro que tienta el tópico: bendita sea la rama que al tronco sale. Fina, gallarda, ejemplo de buen hacer. Gustó.

¿Y qué decir, por otra parte, de las "bailaoras" del Festival —harina de otro costal, claro; muchas de ellas entroncadas a la mejor tradición española de las Pastoras Imperio, de las Argentinitas—? Valgan los nombres, para una antología de urgencia, de Eugenia Montero, Maria Angélica, Mariemma, Maria Rosa, Maria Albaicín, Rosita Segovia, Merche Esmeralda, Mariquilla, Solera de Jerez, Gloria Vargas, Sara Lezana, Manuela Carrasco... Todas dieron muestra de antiguas sabidurías, viva lección de llama bien plantada.

Un día—no hace todavía mucho—le preguntaron al popularísimo maestro Quiroga qué opinaba de la canción española. Contestó que aún estaba por hacer. Valga mientras tanto el arte de las Lolas o Antonias, Pacas o Juanitas; valgan también con ellas el aire y el donaire de sus abanicos, sus colas, casi de pavo real, abiertas sobre el "tablao"; el suspiro, el taconazo, el desplante, todo lo que constituye, en fin, la otra cara del folklore

Asensio SAEZ

